

## El régimen birmano golpea a Buda

Europa y EEUU pueden hacer muy poco para detener la tragedia de Birmania. Sólo India y China pueden parar a los dictadores militares del país asiático

TIMOTHY GARTON ASH

EL PAIS – DOMINGO – 30-09-2007

“¿Cuánto tiempo, Dios mío, vivirán los hombres atropellados, / pisoteados por los más ínfimos e insignificantes / de los hombres?”.

El poeta inglés del siglo XIX Alfred Tennyson no podía ver en YouTube imágenes del aplastamiento de la revuelta en Polonia, pero sus versos representan a la perfección la sensación de rabia impotente que produce ver cómo las fuerzas de seguridad de Birmania (Myanmar) golpean y cubren de gas lacrimógeno a los monjes y monjas que se manifiestan de forma pacífica. Hace 19 años que se produjeron en dicho país las primeras movilizaciones en favor de la democracia, en 1988, y hace 17 que el partido de Aung San Suu Kyi, la Liga Nacional para la Democracia, obtuvo un claro mandato popular en unas elecciones libres. Sin embargo, dirigida por un régimen militar digno de Orwell, esta hermosa tierra se ha hundido todavía más en la pobreza y la opresión. ¿Cuánto tiempo, Dios mío, cuánto tiempo?

Mientras escribo aparecen en mi pantalla noticias espantosas que hablan de violencia, incluidas las informaciones de que han muerto varias personas. No sabemos si las protestas van a continuar,

como prometen algunos de los jóvenes monjes, o si serán rápidamente aplastadas. Pero hay dos cosas que ya están claras. Aunque el ministro de asuntos religiosos, el general Myint Maung, clama contra los "partidarios externos e internos de la destrucción" y el siniestro papel de "los poderes mundiales que ejerce el hegemonismo", las raíces del levantamiento son totalmente locales. Una brusca subida de precios en el mes de agosto fue la gota que colmó el vaso de la frustración. No hubo nadie fuera de Birmania, ni en Washington, ni en Londres, ni ningún otro sitio, que abriera el grifo. Es una protesta local que además, hasta ahora, ha sido de lo más pacífica.

Tengo delante de mí una declaración conjunta de la Alianza de Monjes de Birmania y los Estudiantes de la Generación del 88, que comienza con una frase extraordinaria: "Todo el pueblo, encabezado por los monjes, está llevando a cabo una protesta pacífica para salir de la crisis general en la política, la economía y la sociedad recitando el Metta Sutra". El Metta Sutra es una reflexión sobre la virtud budista del metta, el amor y la bondad incondicionales. ("Esto es lo que debe hacer / alguien que sepa ser bueno / y conozca los caminos de la paz"). Había una pancarta en la que se leía: "El amor y la bondad deben vencer a todo lo demás".

¿Quién es capaz de no conmoverse con esas imágenes, transmitidas por Internet y procedentes de cámaras digitales y teléfonos móviles, en las que se ve a monjes y monjas que marchan al mismo ritmo, vestidos con sus túnicas de color granate, rosa y azafrán? ¿Y con esa única foto granulada de Aung San Suu Kyi rezando en la puerta de su casa, bajo la lluvia, mientras los monjes pasan por delante y gritan: "¡Una vida larga y

sana para Aung San Suu Kyi, que encuentre pronto la libertad!"? Eso es a lo que los generales –teóricamente budistas y que gustan de exhibir su devoción en las páginas del pravda local, La Nueva Luz de Myanmar– están respondiendo con sus disparos, sus bastonazos y su gas lacrimógeno. En realidad, lo que están haciendo es golpear a Buda.

Retorcernos las manos como Tennyson no va a ayudar al pueblo de Myanmar. ¿Qué podemos hacer, entonces? Para empezar, los dirigentes mundiales, todos los que sea posible, deben exigir que acabe inmediatamente la represión violenta. En estos días está reunida la Asamblea General de la ONU en Nueva York; seguramente es imposible conseguir que envíe un rápido mensaje de condena. Sin embargo, el Consejo de Seguridad se reunió el miércoles por la noche para discutir la situación de Myanmar, algo a lo que, hasta el momento, se habían resistido siempre China y Rusia. Por su parte, el secretario general ha pedido que se permita volver a entrar en el país a su enviado especial, y China, por lo menos, tiene que apoyar esa petición.

### El viejo debate

Surge de nuevo el viejo debate sobre si es más conveniente una política dura, de aislamiento del régimen militar mediante sanciones, o una estrategia de "compromiso constructivo". Seguramente, en los últimos años, podríamos haber hecho más esfuerzos para cooperar con la sociedad civil birmana y demostrar a los generales y coroneles las ventajas de salir del aislamiento. A largo plazo, tienen que comprender que, si negocian con Aung San Suu Kyi y otros líderes de la oposición, si se abren al mundo exterior, los beneficios para el país serán inmensos. También

necesitan saber que eso no hará que terminen ahorcados en farolas ni encerrados en la cárcel. Como me dijo la propia Aung San Suu Kyi cuando hablamos en Yangon hace varios años (cuando todavía permitían entrevistarse con ella), quizá incluso sería posible darles garantías de que podrán conservar parte de lo que ella muy bien llama "ganancias mal habidas". El cambio de jefe supremo de la Junta, que ahora es el envejecido y obstinado general Than Shwe, sería una buena oportunidad para reiniciar esa conversación. Pero esa estrategia de estimular la transición pacífica mediante el compromiso constructivo no es una política para hoy. Por ahora, debemos lograr que dejen de matar a manifestantes pacíficos.

El presidente Bush ha anunciado sanciones más estrictas para impedir que los generales y sus familias viajen y trasladen sus bienes a EE UU, una medida que la UE aplica desde hace años. Un veterano observador que conoce la mentalidad de los militares birmanos –que puede calificarse de supersticiosa o devota, según los gustos– me sugiere que otra medida mucho más eficaz sería que alguien les convenciera de que golpear a los monjes engendrará muy mal karma para ellos, sus familias y su país. Pero no es fácil imaginar a un dirigente occidental como Gordon Brown transmitiendo semejante mensaje. No tiene que ser el hijo de un pastor protestante quien lo haga, sino un sacerdote de una pagoda.

La carta de Brown

En conjunto, por desgracia, las potencias occidentales pueden hacer muy poco por sí solas. Es sintomático que la primera acción positiva de Brown haya sido enviar una carta a la presidencia

portuguesa de la UE en la que insta a la Unión a adoptar una postura firme. Pero ni siquiera la UE y EE UU juntos, en perfecta armonía, podrán cambiar la situación mientras los vecinos de Myanmar no alcen la voz. Todo el mundo tiene la mirada puesta en China, el vecino de más tamaño y el que más intereses tiene en el país. China asegura que desea la "estabilidad" para Myanmar. Desde luego, no quiere tener un baño de sangre que amenace sus intereses comerciales y estropee el periodo de preparación de los Juegos Olímpicos de Pekín. En los últimos tiempos ha habido algún ligero indicio de que China sabe que, para que Myanmar tenga estabilidad, son precisos cambios. Pero los cambios desencadenados por manifestaciones callejeras no son algo que los viejos gobernantes comunistas miren con muy buenos ojos.

Se presta muy poca atención al otro gran vecino asiático de Myanmar, India. Aunque es la mayor democracia del mundo, hasta ahora se ha mostrado muy pusilánime en sus relaciones con los dictadores birmanos. Da la impresión de que le preocupa más la competencia de China a la hora de tener influencia (y contratos energéticos) que la naturaleza del régimen. Como consecuencia, los dirigentes birmanos han podido crear enfrentamientos entre India y China, y viceversa. Una cosa que podrían hacer EE UU y la UE es sugerir enérgicamente a nuestros amigos indios que ésa es una postura con poca visión de futuro. Lo ideal sería que indios y chinos se reunieran también para ver si en la desgraciada tierra situada entre los dos, además de los intereses contrapuestos, tienen otros en común. No puede ser que un pigmeo manipule con tanta facilidad a dos gigantes.

No obstante, no parece probable que ninguna de estas cosas vaya a acabar ahora mismo con las drásticas medidas de los generales. Todavía hay una posibilidad de que la represión no triunfe. La historia siempre es un libro abierto. E incluso aunque se aplaste esta oleada de protestas, el mundo ya ha recibido la alerta, espectacular y conmovedora, sobre la apremiante situación de Myanmar; sus vecinos asiáticos ya se han visto sacudidos en medio de su indolente pasividad, y confiemos en que la oposición no violenta del país haya sacado algo de la experiencia, que le sirva la próxima vez. Si es así, los monjes no se habrán manifestado en vano.